

AMÉRICA LATINA: LA BÚSQUEDA DE UNA TEORÍA QUE EXPLIQUE LA REALIDAD

Sergio Bagú

*Centro de Estudios Latinoamericanos
Facultad de Ciencias Políticas y
Sociales / Universidad Nacional
Autónoma de México*

En 1960, Pablo González Casanova, entonces director de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, fundó el Centro de Estudios Latinoamericanos. Comenzó el Centro ese año como un lugar de investigación y docencia. Su primera actividad consistió en el dictado de cursos, uno de ellos a cargo de Ezequiel Martínez Estrada. Se conserva en los archivos de la Facultad la nómina de los primeros profesores y de los primeros alumnos, con indicación de la nacionalidad de cada uno de ellos.

El centro mantuvo su programa durante algunos años, pero después declinó hasta que en 1972 Víctor Flores Olea, desde la dirección de la Facultad, le dió un vigoroso impulso. A partir de esa fecha y hasta hoy, la actividad del Centro ha sido permanente y en expansión.

Desde antes de la fundación del Centro, la temática latinoamericana estuvo presente en la UNAM y nunca ha sido abandonada. El Instituto de Investigaciones Sociales, el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Letras, el Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, el Instituto de Investigaciones Económicas, el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades, así como otros centros e institutos, fueron sumándose desde distintos ángulos al estudio del presente y del pasado de nuestros pueblos.

Hoy debemos reconocer que la Universidad Nacional Autónoma de México constituye el núcleo institucional más importante en nuestro subcontinente dedicado al análisis de lo latinoamericano.

1. Hitos en la construcción de una teoría

Desde que finaliza la segunda guerra mundial se van articulando en nuestro subcontinente varias corrientes de pensamiento, todas las cuales dejan aportes para la construcción de una teoría de lo específicamente latinoamericano. Enunciarlas nos coloca ante el riesgo de la injusticia por omisión, pero debemos hacerlo porque de lo contrario no comprenderíamos que todo esfuerzo contemporáneo en materia teórica forma parte de un único esfuerzo central por reconstruir mejor los rasgos de una personalidad histórica, por ubicar mejor la naturaleza de sus problemas contemporáneos y por pronosticar con mayor sabiduría.

Ninguna época anterior puede compararse, en calidad y cantidad, al extraordinario aporte de la arqueología y la antropología, que bien pudiera considerarse como el prólogo indispensable de la reconstrucción del perfil histórico y social de las poblaciones contemporáneas.

Por cierto que algo similar podría decirse, desde ángulos distintos, de la renovación teórica y metodológica que se produce en la historia demográfica, económica y, en menor escala, social y política. La teoría de la dependencia y su crítica constituyen, en conjunto, una de las expresiones de capacidad interpretativa más originales de la cultura del subcontinente en estas décadas.

La tarea cumplida por la Comisión Económica para América Latina debe considerarse como excepcional si recordamos que se trata de un organismo especializado dentro del sistema de las Naciones Unidas y obligado, por ello, a crear su propio estilo y hasta su propio lenguaje, que debe ser, a la vez, diplomático y científico. Dos nombres son de mención obligatoria en relación con esta importante fuente de información y teoría: Raúl Prebisch y José Medina Echavarría, predominantemente económica la pauta del primero con declarada aceptación de lo social en una etapa posterior; social la del segundo, con una última etapa de necesaria referencia al fenómeno político latinoamericano.

Otro capítulo está constituido por la gran difusión que alcanzó la teoría marxista. Los obras de los dos fundadores fueron editadas reiteradamente, no pocas en nuevas y cuidadas traducciones. Esto contribuyó en forma considerable al enriquecimiento del haber teórico y metodológico. No puede decirse lo mismo de los trabajos de interpretación marxista de otros autores sin distinguir entre una minoría lúcida y una mayoría sin originalidad. Mucho menos plausible resulta ese esquema de los modos de producción, que tan entusiastamente fue aceptado en el nivel introductorio y que fomentó una lógica mecánica, elemental y antihistórica.

La teología de la liberación es otro producto genuinamente latinoamericano y si la menciono aquí es porque, además de su valor interpretativo, fue la única vía de inserción del tema ético en el planteamiento de la problemática social, tema rigurosamente ausente en todas las ciencias sociales creadas por la cultura occidental y que nosotros hemos heredado sin advertir sus graves lagunas.

Agreguemos, finalmente, que en el trasfondo de esta renovación analítica de lo latinoamericano tendríamos que mencionar la gran expansión de la enseñanza de las ciencias sociales y el inicio de la profesión de investigador de tiempo completo en estas materias.

2. Este año de 1990

El otro punto de partida que nos envuelve en este preciso momento es un conjunto de fenómenos cuya extraordinaria magnitud requiere un gran esfuerzo de interpretación.

Me refiero, en primer término, a la revolución científico-tecnológica, más profunda que todos los cambios estructurales que la lógica científica ha experimentado hasta ahora.

El panorama político internacional está hoy lleno de situaciones altamente conflictivas y cuya evolución inmediata es de muy difícil pronóstico, entre ellas el naufragio de la organización socialista en Europa del Este y la crisis económica en los países latinoamericanos.

Una convicción inicial nos debe asistir. Por una parte, la magnitud de los cambios y de los problemas exige un alto grado de responsabilidad en el intérprete. Por otra parte, la teoría debe tener la flexibilidad necesaria para incorporar todos los datos de la nueva realidad.

El análisis de algunos casos contemporáneos aclarará mejor nuestro pensamiento.

3. El hambre en el pasado y en nuestros días

Como experiencia humana, el hambre colectiva es una de las más dramáticas. Como terreno de prueba de la validez lógica de una postura teórica pocos fenómenos puede haber que permitan comprobaciones más terminantes.

Reconozcamos, a modo introductorio, que es una de las experiencias del pasado y del presente mejor estudiadas en los últimos decenios desde todos los ángulos: histórico, antropológico, económico, médico-social.

Una tesis parece hoy definitivamente desechable: la progresiva dominación del problema con el correr de los tiempos y con la mejor organización de las sociedades. La curva que hoy se está reconstruyendo es compleja pero, a la vez, de gran riqueza informativa para la construcción teórica.

Un ejemplo notable es el de los cambios drásticos que ha experimentado la interpretación de la primera etapa organizativa. Durante más de un siglo se tomó como verdad comprobada que en aquella lejana edad de piedra el individuo era un angustiado buscador de alimentos y que siempre vivió en el margen de la inanición. En los últimos lustros, lo que algunos arqueólogos y antropólogos admiten es todo lo contrario: el paleolítico se caracteriza por la existencia de comunidades pequeñas que han podido solucionar el problema de la alimentación satisfactoriamente, a punto tal que tuvieron cierto promedio más menos holgado de horas de descanso dentro de la actividad diaria en procura de alimentos y de otros materiales necesarios para la vida colectiva. La prolongada duración del paleolítico hace pensar, en efecto, que las pequeñas comunidades de cazadores-recolectores (muchas de ellas, también de pescadores) no sintieron durante muchos milenios la necesidad de agregar otra fuente de aprovisionamiento de alimentos. Esto no

significa, sin embargo, que esas comunidades hayan logrado un nivel de perfección en materia alimentaria, ni que superaran otros problemas que hoy sabemos que inciden sobre el estado sanitario y sobre el promedio de duración de la vida: el desarrollo del niño y del adolescente, las condiciones del parto y de la maternidad, el tratamiento de las enfermedades.

Dos autores han trabajado particularmente esta idea: Marshall Sahlings (*Stone age economics*, Aldine-Atherton, Chicago, 1972) y Mark Nathan Cohen (*The food crisis in prehistory, Overpopulation and the origins of agriculture*, Yale University Press, New Haven and London, 1977).

El título de la traducción al francés del primero de esos trabajos (*Age de pierre, age d'abondance*) refleja un poco exageradamente el contenido del trabajo mismo, pero nos da la pauta de la nueva tendencia interpretativa. El libro de Cohen ofrece una prueba más concluyente y muy bien articulada. Durante la larguísima etapa del paleolítico las comunidades humanas fueron ocupando todos los nichos ecológicos de los continentes. En las últimas etapas, los pueblos de cazadores-recolectores ya habían descubierto, mediante la observación, el proceso de evolución de la vida vegetal, pero no usaron ese conocimiento como una nueva técnica productiva — la agricultura— hasta que todos los nichos ecológicos de caza-recolección estuvieron ocupados. Una especie de conocimiento en reserva, que testimonia cierta holgura en la capacidad de proveerse de alimentos.

Las epidemias de hambre —según se desprende de estas tesis— parecen haber comenzado mucho después, precisamente cuando el hombre había incorporado técnicas e instrumentos más perfeccionados a su capacidad productiva y cuando sus comunidades inventaron la agricultura, se sedentarizaron y aparecieron el núcleo urbano, el Estado y las clases sociales. Aunque algunos aspectos de la presentación de esta teoría no son del todo convincentes, no cabe duda que en su formulación general ha abierto un nuevo e importante camino.

La investigación sobre las edades históricas ha sido grande y valiosa. En Francia ya están registradas casi todas las hambres generales, no las regionales, hasta hoy. Braudel las enumera (*Les structures du quotidien: le possible et l'impossible*, Armand Colon, Paris, 1979, p. 55).

En todo el continente europeo, el azote de las epidemias generalizadas de hambre sólo comenzó a ceder entre fines del siglo XVIII y principios del XIX (María Serena Mazzi, *Salute e società nel medioevo*, La Nuova Italia Editrice, Firenze, 1978, p. 10); es decir, cuando la primera revolución industrial se había consolidado en Inglaterra y Gales y comenzaba a difundirse en el continente.

En síntesis, hoy contamos con un conocimiento que nos permite reconstruir la curva del hambre relacionándola con el nivel tecnológico, las condiciones geofísicas, el clima, el desarrollo del conocimiento y el sistema social global. Esto nos lleva a la conclusión de que la curva del progreso ha sido accidentada y que su lógica se comprende mejor a medida que se agregan nuevos parámetros a nuestro conocimiento.

El análisis de dos casos más recientes —y, a la vez, más patéticos— agrega otros elementos de juicio de la mayor importancia en estos días de grandes transformaciones en el conocimiento y en la vida política.

4. El hambre en África

La última innovación en materia de estadística internacional es la aceptación de una nueva categoría de poblaciones: las más pobres entre las pobres del mundo. Después de la segunda guerra mundial, cuando las Naciones Unidas comenzaron a recoger, ordenar y clasificar datos estadísticos de todo el mundo, los demógrafos crearon la categoría estadística de países subdesarrollados o insuficientemente desarrollados. Se trataba de los países más pobres a cuyo conjunto se llamó luego el tercer mundo. En años recientes, dentro de ese centenar de países pobres se han catalogado, con igual escrupulosidad cuantitativa, los más pobres entre los pobres, a los que el léxico diplomático denomina *menos desarrollados*.

La nómina de esos países, con todos los datos estadísticos correspondientes, abarcaba hasta hace poco treinta y uno, con 370 millones de habitantes. El número ha aumentado en los últimos meses. En efecto, en la segunda Conferencia Mundial de los Países Menos Desarrollados, que acaba de finalizar en París bajo la convocatoria de las Naciones Unidas, estuvieron representados cuarenta y un países con 400 millones de habitantes. En esa dramática escala sólo está incluido un país latinoamericano: Haití.

Entre esos países, se encuentran muchos del África negra que fueron el tema de una investigación de excepcional importancia. Me refiero a la Independent Commission on International Humanitarian Issues, constituida con personalidades de varios continentes hace algunos años. Con motivo de una generalizada epidemia de hambre desatada en África, cuyas noticias conmovieron a la opinión pública mundial, el Secretario General de esa organización y el Working Group on Disasters (Grupo de Trabajo sobre Desastres) realizaron una investigación sobre todos los antecedentes del problema y su verdadero alcance. Esa investigación fue publicada por la editorial Pan Books de Londres en 1985, con el título *Famine. A man-made disaster?*, (Hambre, ¿un desastre provocado por el hombre?).

El informe presenta un mapa del África negra (p. 24), sobre el cual traza dos categorías: los países más críticamente afectados y los países críticamente afectados. Se trata de distintos escalones hacia la muerte colectiva por inanición, podríamos aclarar nosotros.

Los países más críticamente afectados forman una franja hacia el sur del desierto de Sahara, que incluye desde Mauritania en el oeste hasta Etiopía en el este y, además, Angola y Mozambique. Los países críticamente afectados incluyen casi todos los restantes del África negra.

Las conclusiones de la Comisión son claras, terminantes, conmovedoras. Después de recordar que las informaciones periódicas habían atribuido esta catástrofe a una sequía muy prolongada, la Comisión llega a la conclusión de que el hambre reciente en África, como el que aflige a gran parte del tercer mundo, no es la consecuencia de una catástrofe meteorológica, sino de errores humanos. Los cultivos intensivos, la pérdida de la capa vegetal del suelo y la desertización han contribuido a crear las condiciones de hambre mucho antes de que la sequía descargara el golpe de gracia a esas vastas regiones. Tal es el resultado —aclará—

de decisiones concretas, muchas de las cuales, precisamente las que mayor daño han producido, fueron introducidas por expertos en desarrollo.

Jean-Loup Motchane, profesor de la Universidad de París, publicó, en la edición francesa de *Le Monde diplomatique* de febrero de 1989, un ensayo cuyo título resume sus conclusiones: «La tecnología al servicio del tercer mundo. El milagro no se ha realizado». Explica allí el profesor Motchane que la llamada *revolución verde* en África ha atravesado dos etapas. En la primera ocasionó progresos notables en la producción agrícola comercial. En la segunda, en cambio, causó una decadencia aguda de la capacidad de producir alimentos para la población local. Los países que hoy padecen hambre —explica— eran, en su mayor parte, autosuficientes en alimentos hace 25 años. Allí ingresaron los grandes oligopolios internacionales de la producción agrícola: vendieron maquinarias, abonos, pesticidas, asesoramiento agronómico y compraron las cosechas. El problema para esos países se agravó, agrega el autor, por la emigración de técnicos especializados e investigadores hacia los países centrales (eso que se conoce periódicamente con la denominación de fuga de cerebros).

Esta historia del hambre, que en el África negra se puede reconstruir con precisión desde hace un cuarto de siglo, tiene en esas poblaciones un prólogo sumamente extenso que es oportuno recordar en esta ocasión. En efecto, en el valle de Omo, en Etiopía, zona que se incluye en el mapa de la parte más drásticamente castigada hoy por el hambre, se han encontrado restos fósiles de homínidos a los que se atribuye una antigüedad que oscila entre los 3.000.000 y los 3.500.000 años (André Teyry, «La place de l'homme dans la nature», en la obra *Zoologie*, Gallimard, París, 1974, 4º tomo, p. 1202). Se trata de un antepasado en línea directa —el más arcaico descubierto hasta hoy del homo sapiens-sapiens, nuestra subespecie, que ya era fabricante de instrumentos, aptitud que los paleontólogos consideran específica de esa línea evolutiva que conduce hasta lo que hoy somos.

Reflexionemos un instante sobre las conclusiones que pueden extraerse de estos datos contemporáneos e históricos. Durante tres millones de años, cuando menos, en esas tierras africanas han vivido seres humanos y sus antepasados directos, lo que quiere decir que desde el instrumental más primitivo hasta hace un cuarto de siglo han ido encontrando, con inteligencia y capacidad creadora, las soluciones tecnológicas y organizativas que les permitieron sobrevivir como entes y como grupo organizado. Pero en estos últimos años, precisamente cuando llega hasta esas tierras esta colosal revolución científico-tecnológico, cuyos increíbles inventos y descubrimientos nos llenan de estupor casi a diario, la especie humana se encuentra allá a punto de desaparecer por inanición. Porque no tengamos duda: el hambre crónica, cuando se prolonga, primero inutiliza y después extingue a los seres vivos.

Como este capítulo no podría cerrarse con una visión tan macabra del porvenir de nuestra subespecie, es oportuno citar esta breve frase que figura en las conclusiones del informe citado de la Independent Commission: «Los errores cometidos por el hombre pueden ser rectificadas por decisiones planificadas del hombre». Repitamos una y cien veces esta frase. Mejor aún: transformémosla en consigna.

5. Hambre en América Latina

Hemos recordado que entre los 41 países más pobres del mundo sólo se incluye uno latinoamericano. Las zonas del hambre en el mundo actual abarcan, aproximadamente, las que fueron zonas de colonización desde el siglo XV, si bien algunas de estas últimas regiones, como Estados Unidos, Canadá y Australia, se encuentran hoy entre los países con mejores índices de capacidad productiva. Lo cierto es que la organización colonial tuvo distintos alcances y muy variada duración. Las diferentes condiciones ecológicas, además, contribuyeron a diferencia los tipos de desarrollo contemporáneo.

Hablando siempre en términos muy generales, cabe recordar que en lo que hoy es América Latina el proceso emancipador se inicia a fines del siglo XVIII y está consumado casi por completo durante la segunda mitad del siglo XIX, mientras que la mayor parte del África negra sólo llega a la independencia después de la segunda guerra mundial. Por otra parte, las condiciones ecológicas del subcontinente latinoamericano son excepcionalmente variadas y una importante proporción de su suelo, subsuelo y clima son muy favorables para un crecimiento económico sostenido. Sin embargo, el hambre está presente también aquí, aunque con caracteres generales menos acentuados.

Lo cierto es que en el último tiempo los datos referidos a este grave problema aparecen con frecuencia en la prensa diaria. Dos informes muy recientes mencionemos aquí. Uno procede de la Comisión Económica para América Latina de las Naciones Unidas, cuyo secretario general hizo saber, en rueda de prensa del 29 de junio de 1990, que el número de habitantes del subcontinente que viven en condiciones de pobreza, que en 1970 era de 112 millones, había aumentado en 1989 a 183 millones, lo que equivale al 44% del total de la población. (*La Jornada*, México, 30 de junio de 1990).

Pocos días después, el Banco Mundial presentó otra investigación, con un tipo diferente de datos, que completa el panorama que queremos reconstruir. El ingreso per capita en América latina —explica— resulta entre cinco y seis veces superior al del Asia meridional y África del Sur (en realidad, se refiere al África negra, que es la gran franja situada entre la costa mediterránea y África del Sur). «A pesar de ello —concluye— casi cien millones de habitantes se encuentran en la pobreza extrema, debido a la desigualdad excepcionalmente extrema en la distribución del ingreso» (*La Jornada*, México, 25 de julio de 1990).

6. El hambre en Argentina

Hemos mencionado las condiciones ecológicas favorables en las que se desarrollaron no pocos países de América Latina desde su independencia. En relación con la capacidad de producir alimentos, el caso extremo en América Latina —quizá en el mundo todo de nuestros días— es Argentina.

Entre mayo y junio de 1989 circuló, por los canales informativos internacionales, la noticia de los asaltos a supermercados en varias ciudades, lo cual produjo en el

país gran conmoción que, unida a la hiperinflación incontenible, provocó la renuncia del presidente Alfonsín. Si algo caracterizaba a la Argentina hasta entonces ante el lector internacional era la de ser el país del trigo y de la carne.

El episodio, nada accidental, se relaciona directamente con uno de los objetivos que desde hace lustros se ha incorporado a los planes de tantos otros países latinoamericanos: la de alcanzar la autosuficiencia alimentaria. Argentina resolvió este problema hace exactamente un siglo y en los lustros inmediatamente siguientes logró ubicarse entre los países con ingreso por habitante más alto del mundo.

Hoy, el país sigue ubicado entre los cinco o seis principales vendedores de alimentos básicos en el mercado internacional, pero entre ellos es el único que continúa siendo subdesarrollado. Más aún, es el único con graves problemas de hambre en su población. De paradojas está tejida la historia humana, pero hay algunas más trágicas que otras.

En 1960, W.W. Rostow (*Las etapas del crecimiento económico. Un manifiesto no comunista*, traducción de Rubén Pimentel, Fondo de Cultura Económica, México, 1967) ubicó a Argentina como habiendo iniciado en la década de 1941 ese ansiado despegue hacia la prosperidad sostenida que él llamó take-off. Lustros más tarde, ni despegue ni prosperidad, sino retroceso sostenido.

Otros datos relativos a este país completan la verdadera magnitud del problema. Según cálculos recientes, Argentina tiene 2.06 cabezas de ganado en pie de todas las especies por habitante: record mundial. Su producción de carne bovina es de 110.6 kilos por habitante en un año. En esto sólo le supera Australia, con 181 kilos por habitante. Le siguen, muy lejos, los Estados Unidos, con 44.3 y Canadá con 40.8.

El cuadro se reproduce en la relación de habitantes por kilómetro cuadrado de suelo apto para la producción agropecuaria. Primero, Australia con 3; después, por su orden, Argentina con 16; Canadá con 35; Estados Unidos con 53 y, más adelante, entremezclados con otros países, los ricos de Europa occidental (esos que antes compraban carne argentina y ahora son sus competidores en el mercado internacional): Francia, con 169; Suecia, con 223; el Reino Unido, con 314. (Datos estadísticos tomados el *1981 World Population Data Sheet*, Population Reference Bureau, Washington, D.C., el cual, a su vez, se basa en fuentes estadísticas de Naciones Unidas).

Sigamos con los datos que conforman el gran telón de fondo del problema contemporáneo. En 1975, apareció un volumen titulado *La tierra en la Argentina*, publicado por la Comisión Nacional Agropecuaria, organismo oficial (*El Cronista Comercial*, Buenos Aires, 19 de mayo de 1975), con datos del Censo Nacional Agropecuario levantado en 1969.

El país tenía entonces, de acuerdo a esos datos, 36.307.736 hectáreas bajo cultivo, cifra muy grande que, sin embargo, sólo corresponde al 17.4% del suelo apto para la producción agropecuaria. Tratemos de ubicar este dato dentro de un contexto mundial. Según la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), para satisfacer las necesidades alimentarias de la población mundial en el año 2000, teniendo en cuenta el aumento pronosticado de la población hasta ese año, habría que agregar 83.000.000 de hectáreas a la

superficie total actualmente en explotación (Peter Hendry, *Food and population beyond five billion*, Population Bulletin, Population Reference Bureau, April 1988, p. 9).

Agreguemos que si se trabajara el suelo en reserva y, en general, el suelo apto no productivo que existe en la actualidad en el país, Argentina podría contribuir aproximadamente con el 50% de ese aumento del suelo aprovechable.

Ni aún así terminan los datos básicos que necesitamos para nuestro planteamiento. Agreguemos dos: uno consiste en que las zonas pampeana y mesopotámica del país, donde radice casi toda la producción agropecuaria de mejor calidad, no utilizan riego ni fertilizante. La agrocultura y la ganadería son allí extensivas, con una relación muy baja de mano de obra por unidad de superficie productiva. La otra es que el país no ha tenido sequías prolongadas, ni epizootías masivas, ni procesos graves de desertificación en la época moderna.

Volvamos ahora a los datos más recientes. Según el informe de la CEPAL que menciono, en 1990 el 13% de los hogares del país se encuentra bajo la línea de pobreza. Panorama dramático, confirmado por la declaración de Felipe Solá, ministro de Asuntos Agrarios de la provincia de Buenos Aires, la más rica de las provincias argentinas en producción agropecuaria e industrial. Más de siete millones de indigentes en todo el país, nos asegura el ministro. Agreguemos: esto equivale al 24% de los 32 millones de la población total. El ministro resumió así su declaración pública: «Estamos sentados sobre un polvorín». (*Nuevo Sur*, Buenos Aires, 25 de abril de 1989).

Dos declaraciones más, registradas por *El Día* (México, 1º de septiembre de 1990): de José María Díaz Bancalari, ministro de Gobierno de la provincia de Buenos Aires: «En el Gran Buenos Aires están dadas las condiciones para un estallido social»; de Héctor Cavallero; intendente de la ciudad de Rosario, la tercera del país en importancia: «El 43,8% de la población de la ciudad se encuentra sin empleo o está subempleada».

7. Conclusiones

Regresemos al informe de la Independent Commission on International Humanitarian Issues. Hay allí una frase, ya citada, con la cual bien podríamos iniciar estas conclusiones: «Los errores cometidos por el hombre pueden ser corregidos mediante decisiones planificadas del hombre».

Este es nuestro final y, a la vez, nuestro punto de partida. Los investigadores no participamos en la elaboración de las posibles *decisiones planificadas*, ni en América latina ni en ninguna parte del mundo, como no sea por delegación expresa del poder político. Pero bajo nuestra responsabilidad hay dos tareas, sin las cuales esas decisiones serán siempre inoperantes: una es el conocimiento de la realidad inmediata; la otra, la construcción teórica, que es la única vía para descubrir la lógica de los procesos en el tiempo.

Conocer la realidad inmediata bajo el signo de un método científico implica, además de describir la expresión visible del fenómeno, descubrir sus raíces más

profundas y sus proyecciones más lejanas. La construcción teórica en ciencia es el resumen de la observación fáctica y del conocimiento histórico, a lo que debe agregarse un alto grado de imaginación y de cultura general. Sin conocimiento no hay ciencia; sin imaginación y sin cultura, tampoco.

Los dos casos que hemos presentado —Africa negra y Argentina— valen no sólo por la fuerza de su dramatismo, sino también por lo que su análisis inteligente puede aportar a la construcción de la teoría.

La formidable revolución científico-técnica contemporánea, cuyo panegírico es el prólogo obligado del discurso de cualquier profesor universitario y de cualquier gobernante, puede transformarse en catástrofe si un grupo de técnicos incultos o de empresas enceguecidas por el lucro inmediato se erigen en los únicos jueces del objetivo de transformación productiva. El descubrimiento científico libera o asesina, según quien lo aplique. Esta fue la comprobación que amargó los últimos años de la existencia de Albert Einstein.

La capacidad productiva de alimentos básicos —reconozcamos, pensando en el caso de Argentina, país latinoamericano— puede ser un potencial que acompañe tanto a la abundancia generalizada para una población capaz de usufructuarla o al hambre de un vasto sector de esa población. Todo depende de la sabiduría histórica en la conducción del país.

Ni esa sabiduría histórica se genera por azar ni aquella obsesión de Einstein puede transformarse, per se, en alegría creadora de un puñado de científicos.

La desertificación —como en el Africa negra— y el hambre en medio de la abundancia —como en Argentina— son una cosa o son la otra, tienen una solución o no la tienen, según ese vasto y omnipresente contexto que llamamos, tan genéricamente, sistema social. Cómo se organiza la sociedad de los hombres, cuál es su pauta verdadera de existencia, hasta dónde llega su real capacidad de administrar sus recursos naturales y humanos y, por sobre todo, cuál es su objetivo y cuál su respeto por los valores humanos: todo eso es lo que llamamos sistema social.

Es este sistema social el que puede llevar al hambre a las poblaciones del Africa negra, con o sin revolución científico-tecnológica, o a la Argentina a la decadencia generalizada, a pesar de la excepcional vastedad de sus recursos naturales y su escasa población.

El Centro de Estudios Latinoamericanos nació en los días optimistas en los que asomaba la posibilidad de una gran teoría que orientara en la solución de los problemas fundamentales de América Latina. Si algo hay que no debe perderse jamás es esa fuente de inspiración, ese imbatible designio de recuperar la verdad mediante el trabajo científico y ponerlo al servicio de los pueblos de nuestra América Latina.

*Ciudad Universitaria,
México, 1990*